
C. O. BUNGE

Carlos Octavio Bunge es para nosotros un conmovedor ejemplo de vida humana tendiente hacia un alto grado de intelectualidad. Cuando bien joven, aplicado a diversas disciplinas con ansia desmedida y anárquica, produjo buena parte de sus obras que, si bien por la vastedad de doctrina y vigor de expresión se destacaron en el ambiente argentino cuanto suele bastar a la ambición de fama casera de nuestros intelectuales, a él no satisficieron; pues era suficientemente discreto y docto como para haberse formado un concepto cabal de cultura, y lo sanamente ambicioso como para desear conformar sus producciones a medida de ese concepto.

Entonces ahincó sus estudios en las materias por él preferidas: filosofía del derecho y pedagogía. Ello comporta una preparación enciclopédica por ser las disciplinas mencionadas las resultantes de conclusiones a que se arribe mediante la historia, ética, biología, psicología, sociología...; toda la Ciencia en vista de esos dos puntos del conocimiento humano.

Al esfuerzo que esto representa ha de agregarse el decidido propósito que tuvo de depurar su léxico, un tanto barbarizado por continuas lecturas extranjeras y el de cercenar la superabundancia de su estilo a fin de trocarlo en más escueto y vigoroso. Esta fué una actividad de reeducación y por tanto de penosa lucha consigo mismo. Los que fuimos sus alumnos tuvimos ocasión de observar algunas consecuencias de esa actividad: la vehemencia combativa y la zumbona manera con que nos afeaba defectos que habían sido propios.

Carlos Octavio Bunge murió cuando asentaba ya su juicio en conocimientos vastos, seguros y armonizados, y eran de esperar producciones maduras que aspiraran con fundamento a consideración, no sólo si con el medio nacional se las comparasen, sino aún cotejadas con el universal esfuerzo por una mayor cultura.

Nos lamentamos de la fatalidad que nos lo quita.

G. H.
